

REVISTA
DE
COSTA RICA

CIENCIAS Y LITERATURA

AÑO I

FEBRERO 1892

Nº 4

SUMARIO

- I—TAPALIGUI, por R. Fernández Guardia
- II—VERTIGO, *poesía*, por J. A. Facio
- III—SILUETAS PARISIENSES, por E. Gómez Carrillo
- IV—LIRA COSTARRICENSE, por M. Arguello de Vars
- V—LOS HOGARES FELICES, por Pedro Ortiz
- VI—CRISALIDA, *soneto*, por J. A. Facio
- VII—CRONICA
- VIII—NOTAS

DIRECTOR PROPIETARIO: JUSTO A. FACIO

SAN JOSE

Tip. del Comercio

CALLE 18, N. N.º 241

REVISTA
DE
COSTA RICA

Literatura y Ciencias

Año I

FEBRERO, 1892

N.º 4

DIRECTOR PROPIETARIO—JUSTO A. FACIO

SAN JOSE
Tipografía del Comercio
CALLE 18, N., N.º 241

TAPALIGUI

A Rubén Darío

El rico pueblo de Nicoya se preparaba á celebrar en la tarde de aquel día, una de sus grandes fiestas religiosas y tradicionales. Diversos mensajeros habían recorrido la comarca convocando los pueblos á nombre de su señor, en fe de lo cual les mostraban una caña coronada de plumas; y los vasallos, acostumbrados á obedecer ciegamente, habían acudido presurosos. La gran plaza que hacía frente al templo del sol, estaba llena de un abigarrado gentío que metía mucha bulla, impaciente porque llegase la hora en que comenzarían los bailes y ritos, todo lo cual vendría á parar al fin y á la postre en una inmensa

borrachera, y bien sabido es que el embriagarse ha sido en todo tiempo el placer favorito de los indios.

Dos horas antes de la puesta del sol llegó el cacique Nambi, seguido de numeroso acompañamiento de nobles cortesanos y guerreros. Venían todos muy engalanados y compuestos, luciendo magníficos plumajes y collares. Distinguíase el cacique de los señores que formaban su séquito, por la corona de plumas con cerco de oro que ostentaba sobre la cabeza. Adelantóse majestuosamente el cortejo hacia el templo, frente al cual estaban dispuestos numerosos banquillos en que se sentaron Nambi y los suyos, porque en los bailes de aquel día sólo debía tomar parte la gente plebeya. Dividiéronse los hombres en dos filas compactas, y colocándose la una enfrente de la otra, sonaron los atabales y rompieron todos á bailar, cantando y haciendo muecas y contorsiones extravagantes.

La danza comenzó grave y pausada, mas pronto se fué avivando á medida que iba creciendo el bum bum de los panderos. En breve estuvieron los danzantes en un estado de extraordinaria excitación; jadeantes y cubiertos de sudor, se meneaban y retorcián cada vez más á prisa, sin demostrar cansancio al

guno; y el sol, próximo á ocultarse detrás de las montañas, coloreaba fantásticamente el cuadro con sus rayos cobrizos ya casi apagados.

De pronto aparecieron muchas mujeres trayendo vasijas llenas de una chicha de maíz muy fuerte. Repartiéronse por entre los danzantes, los cuales sólo se paraban un minuto para beber y luego seguían agitándose con movimientos epilépticos. Otro grupo más pequeño compuesto de las más hermosas doncellas de Nicoya—pueblo famoso por la belleza de sus mujeres—se dirigió hacia donde estaban el cacique y los nobles señores que le acompañaban. Al frente de las demás venía una preciosa muchacha de dieciséis años. Quedáronse todos embelesados al verla adelantarse á pasitos cortos, con el cántaro graciosamente apoyado en la cadera; su lindo y bronceado cuerpo, casi totalmente desnudo, se movía al compás del voluptuoso contoneo de su marcha. «Es Miri, la hija de Coyopa,» dijo una voz. La muchacha fuése derecha al cacique y le convidó á beber, en tanto que sus compañeras hacían lo mismo con los demás señores. Nambi tomó el precioso cántaro que le alargaba la doncella y lo llevó á sus labios, clavando al

propio tiempo sus ojos de sátiro en la hermosa nicoyana.

Bebieron todos copiosamente, menudeando desde aquel instante las libaciones; y si las mujeres no se cansaban de escanciar la chicha, los danzantes y espectadores tampoco parecían hastiados de beberla. Entre Nambi y los suyos circulaban también jícaras de chocolate, rico y noble brevaje de que sólo hacían uso los grandes; y de vez en cuando traíanles las mujeres hojas secas de tabaco, y ellos, después de arrollarlas en forma de cilindro y atarlas con hilos de cabuya, encendíanlas por un extremo, absorbiendo con delicia el humo que exhalaban por el otro.

Llegó la noche y no por esto cesó la fiesta que ya había degenerado en asquerosa orgía, siendo la embriaguez general. Muchos de los danzantes habían caído pesadamente en un estado semejante á la muerte, ó andaban de aquí para allí, tropezando y haciendo ademanes estrafalarios; algunos lloraban á gritos ó reían con esa risa estúpida de los borrachos; otros daban muestras de la más desenfrenada locura y se revolcaban en el suelo, lanzando alaridos que infundían pavor. Las mujeres recorrían la plaza, buscando á los suyos á la luz incierta de las estrellas, y cuando los encontraban caídos en

el suelo, alzábanlos para irlos á poner al abrigo de sus chozas. Pronto ya sólo quedaron en pie Nambi y dos ó tres de sus cortesanos, bebedores intrépidos. El cacique era reputado como el primer bebedor de su tierra, lo cual contribuía no poco al respeto y admiración que por él tenían sus vasallos; era además hombre tan corrompido y de tan malas costumbres, que su depravación le había valido el nombre de perro, porque Nambi quiere decir perro en lengua de Chorotega.

El cacique no había cesado durante toda la fiesta de mostrar á Miri con miradas y palabras la impresión que sobre él hacía su hermosura excepcional, pero la doncella no parecía notarlo. Cuando volvió á la plaza por la centésima vez, trayendo más chicha, ya sólo quedaba en ella un hombre que no estuviese caído en el suelo: este hombre era el cacique. Miri lo divisó en la penumbra sosteniéndose aún sobre el banquillo, pero dando muestras de estar ya completamente borracho; acercóse á él, y viendo la imposibilidad en que estaba de sostener el cántaro con sus propias manos, arrimóselo á la boca. Tragó Nambi cuanto le fué posible, interrumpiéndose á momentos para dar un resoplido de satisfacción; de pronto pareció despertar y se puso de pie violentamente, enlazando el

cuello de Miri con sus brazos temblorosos y torpes; pero ella, al sentir sobre su cara el aliento quemante y fétido de aquel hombre, sintió un asco profundo, invencible y lo rechazó con ira. Vaciló el cacique, hizo un esfuerzo para mantenerse en pie, pero vencido por la borrachera, cayó por fin como los demás. De todos los que asistieron á aquella fiesta, músicos, danzantes y espectadores, era el último que caía.

No bien hubo rodado Nambi en el suelo, y como si hubiera estado esperando este momento, cuando Miri echó á andar rápidamente hacia el golfo al través de la plaza. El espectáculo que entonces presentaba este sitio era repugnante y lúgubre. Por todos lados yacían los actores de la fiesta en las posturas más estrambóticas; algunos gemían y se agitaban, sin duda presos de horrible pesadilla; otros roncaban como tubos de órgano; los más parecían muertos. Aquello se asemejaba á un campo de batalla abandonado después de la refriega, ayudando á la ilusión las sombras de las mujeres que vagaban en busca de sus maridos, padres ó hermanos, como los miserables que van en pos de los ejércitos y que sólo aparecen en medio de las tinieblas, cuando duermen los vivos y agonizan los heridos.

Miri prosiguió su marcha sin cuidarse de lo que á su alrededor pasaba. Sabía que en aquel momento no se hallaba en todo Nicoya un hombre capaz de seguirla, y que las mujeres estaban demasiado atareadas para que su curiosidad fuera cosa de temer. Pronto llegó á la playa. La mar estaba en completa calma; pequeñísimas olas venían á lamer las arenas de la orilla murmurando suavemente, como para no romper la armonía de aquella espléndida noche de los trópicos. Millares de estrellas brillaban en el cielo de color azul tan opaco, que más parecía negro; y un soplo apenas perceptible hacía temblar la cresta de las palmeras. Fuertes aromas exhalados por los bosques de la orilla llenaban la atmósfera de cierta voluptuosidad inexplicable que enervaba los sentidos, y en tonos discordantes sonaban esos mil ruidos extraños de la naturaleza adormecida. La muchacha seguía corriendo por la playa, en cuya arena, tibia aún del calor del día, se hundían apenas sus piesecitos. Al llegar á una ensenada se detuvo, tomó aliento y silbó de una manera particular; un segundo después le contestó á lo lejos otro silbido igual. Transcurrieron dos minutos durante los cuales sólo se oía el flac flac del agua; apareció entonces un hombre viniendo

de la espesura; avanzó algunos pasos con precaución y esperó.

—Tapaligui—llamó Miri.

—Yo soy—respondió el interpelado aproximándose. Era éste un indio de elevada estatura y ademán resuelto. Traía la mitad de la cabeza rapada, y el resto de los cabellos formando un empinado cono, de cuya cima recaían en forma de borla, indicio de que aquel hombre era un gran guerrero. De su cuello pendían algunos collares, y en la mano derecha empuñaba una lanza de punta de obsidiana, lo que parecía indicar que no se hallaba en tierra amiga.

—¿Por qué has tardado tanto, Miri?—preguntó el indio en tono de reconvención.

—No me ha sido posible venir antes, Tapaligui, señor mío. La fiesta ha durado mucho y yo tuve que servir á Nambi.

—¿Perro miserable!—exclamó el indio. Hubo una pausa, después de la cual añadió con voz insinuante:

—Mi choza te espera, Miri. Diez esclavas chondales te servirán; mullidas pieles de tigre serán tu lecho, y los más lindos collares de piedras verdes adornarán tu cuello.

—Soy tu esclava, Tapaligui; mi mayor deseo es vivir en tu choza; pero ¿olvidas acaso á mi anciano padre? ¿Quién molerá su

cacao y su maíz; quién pondrá á secar las hojas verdes del tabaco cuando Miri no esté allí para hacerlo? Recuerda que no tiene más hija que yo.

El indio bajaba la cabeza convencido por las razones de su amada, porque entre aquella gente salvaje el respeto y amor á los padres eran un verdadero culto.

—Además—prosiguió Miri,—tú eres el enemigo mayor que tiene mi nación y mi padre se moriría de pena al saber que estoy en tu poder.

Tapaligui meditó un rato, buscando sin duda una solución favorable á sus deseos; levantó en seguida la cabeza y dijo con soberbia:

—Bien haces en no abandonar á tu padre, Miri; pero yo he jurado que has de ser mía y Tapaligui sabe hacer que se cumplan sus deseos. Si tú no puedes separarte de tu padre y él no ha de querer venir de grado con nosotros, lo llevaré prisionero contigo á Chira, después de matar á Nambi y saquear á Nicoya.

Miri escuchó el terrible proyecto con naturalidad, y hasta le pareció bien, pues tales eran las costumbres de aquellos pueblos que vivían en continua guerra unos contra otros, y para quienes la ley del más fuerte

era la única ley. El bizarro Tapaligui era muy capaz de llevar á cabo su arriesgada empresa. Hijo del cacique de Chira, Niquir, era sin duda el guerrero más esforzado de su nación; su valentía y extraordinaria fuerza le habían conquistado gran reputación y fama entre todos los pueblos ribereños del golfo de Orotiña, y su nombre era temido y respetado hasta los confines del gran cacique Niqueragua.

—Cuando el sol haya brillado diez veces en el cielo—continuó el indio,—volveré con los guerreros de mi padre.

—¡El día de la gran fiesta del sol!—exclamó Miri asustada.

—Ese mismo; será una magnífica sorpresa y esta vez no escapará Nambi de mis flechas.

Tapaligui dijo estas últimas palabras con un acento terrible, en que apuntaba un odio salvaje y reconcentrado, odio hereditario entre los caciques de Nicoya y de Chira, y que á cada instante reavivaban las sangrientas guerras que se hacían los dos pueblos. Además, Tapaligui había vivido en Nicoya durante algunos meses en calidad de rehén, porque era costumbre entre los indios cambiar rehenes cuando después de un tiempo de guerra acordaban suspender las

hostilidades, para así evitar sorpresas. Nambi, hombre rencoroso y de pasiones bajas, había tratado con dureza á su prisionero, y éste juró vengarse. Hubiéralo hecho ya, á no haber sido por el recuerdo de la dulce Miri, á quien había conocido y amado durante su cautiverio.

El primer destello del nuevo día vino á indicar á los amantes la conveniencia de separarse. Aproximóse el indio á la mar y lanzó un grito gutural y de modulación extraña. Un instante después apareció, avanzando sobre las aguas, una canoa tallada en el tronco de un árbol; venía tripulada por dos hombres. Tapaligui saltó en ella, y la embarcación se alejó rápida y silenciosa. Cuando hubo desaparecido con dirección á la isla de Chira, Miri regresó corriendo á Nicoya.

El cacique Nambi, repuesto ya de la horrible borrachera con que había celebrado, según costumbre de sus antepasados, la fiesta de los ídolos, no podía dejar de pensar en la hermosa doncella que le había servido en aquella ocasión. Mandó á llamar al viejo Coyopa, señor muy principal y rico, y le manifestó el deseo que tenía de ver á Miri en su choza. Alegróse el anciano con esta nueva, porque los choroteganos, lejos de consi-

derar como afrenta el que sus hijas compartiesen el lecho del cacique, teníanlo á mucha honra, y luego las muchachas eran más solicitadas y se casaban mejor. ¡Cuál no sería por tanto la cólera y asombro de Coyopa cuando vió la obstinación con que su hija rechazó las proposiciones de Nambi! Y no puede decirse que fuera por virtud, pues ésta no era cosa muy acostumbrada entre las indias de aquellos tiempos. Debe creerse más bien que la negativa de Miri era motivada por aquella misma repugnancia física que la había hecho rechazar al cacique en la noche de la fiesta.

Ruegos, amenazas, promesas, halagos, todo fué inútil; la muchacha se mostraba inflexible. El viejo Coyopa estaba desesperado y temblaba por su vida y la de su hija, pues bien conocía la crueldad del cacique y la brutalidad de sus pasiones. Miri lloraba viendo el dolor de su padre; de pronto tuvo una idea:

—Padre—dijo,—vuelve al lado de Nambi y dile que en la noche de la gran fiesta del sol, Miri dormirá bajo el techo de su choza.

Corrió el viejo á llevar al cacique la respuesta de su hija, y lo encontró en medio de sus cortesanos, hablando de guerras y cacerías; al ver á Coyopa se interrumpió para es-

cucharle; mas al oír las noticias que el anciano le traía, se enfureció de tal manera, que todos los que allí estaban dieron por muerto á Coyopa; éste tartamudeó algunas excusas, y el cacique contra su costumbre las escuchó. Por fin, después de muchos ruegos y súplicas, se dejó ablandar, aunque de mala gana, por ser hombre que no conocía obstáculos para sus apetitos.

Pasaron días y al cabo de ellos vino el de la gran fiesta del sol. Desde buena mañana notábase gran movimiento en todo el pueblo. Hombres y mujeres se acicalaban lo mejor que podían, con sus más ricas plumas y collares; veíaseles sentados en las puertas de sus chozas, pintándose el cuerpo y la cara unos á otros y trenzándose el cabello. Todo aquel aparato era necesario para presenciarse los sacrificios humanos, espectáculo muy apetecido y que sólo tenía lugar tres veces en el año, porque tres eran las grandes fiestas del sol. Enfrente del templo lleno de ídolos de barro y oro macizo, se alzaba, coronado de una piedra larga y maravillosamente labrada, el montón del sacrificio. Sobre esta piedra magnífica dejaban las entrañas las víctimas destinadas al culto de la divinidad sanguinaria.

Era cosa de verse la impaciencia con que todos esperaban la llegada del cacique, para dar principio á los bailes que debían preceder á la inmólación de la primera víctima, cuya sangre se consagraba al sol. La concurrencia era extraordinaria, porque en los ritos y bailes de las tres grandes fiestas anuales del sol, tomaban parte todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, debiendo estas últimas estrenar en semejantes ocasiones, un par de *gutaras* ó zapatos nuevos de cuero de venado. Al pie del montón del sacrificio yacían, atados de pies y manos, unos cinco ó seis desgraciados cuya carne sería comida como manjar santo, después de que su sangre se ofreciera á los ídolos: dos de ellos eran víctimas voluntarias, siendo fácil reconocerlos por el contraste que formaba su estoicismo con los ayes y gemidos de los que iban á morir por fuerza.

Un prolongado rumor anunció la llegada de Nambi y de la magnífica corte que con él venía. Brillaban á la luz del sol los plumajes, las placas de oro y los collares de conchas y dientes de animales que ostentaban los nobles señores. Todos ellos vestían con telas de algodón preciosamente teñidas de colores vivos, en que dominaba la púrpura; su traje se componía de unas enaguillas

ceñidas y de una camisa corta sin mangas, luciendo en los desnudos brazos, caprichosos tatuajes, entre los cuales descollaba la figura de un tigre, emblema y divisa del pueblo nicoyano. Las mujeres iban casi completamente desnudas.

A una señal del cacique acudieron todos á tomar sus puestos para el baile. Las mujeres formaron un círculo en el centro de la plaza, teniéndose por los brazos, y los hombres otro más extenso alrededor del primero. Entre ambos círculos quedaba una calle por donde circulaban los portadores de chicha, dando de beber á hombres y mujeres. Nambi se colocó detrás de Miri y procuró no separarse de ella á pesar de los vaivenes del baile. La infeliz doncella no podía tener sosiego; sentimientos diversos se agitaban en su interior llenándola de zozobra, y á cada instante se imaginaba ver llegar á Tapaligui al frente de sus feroces guerreros, y aquella hermosa fiesta convertida en sangrienta carnicería. Por ratos sentía deseos de que no llegase el bizarro hijo de Niquir, pero al recordar la promesa hecha al cacique, temblaba á la idea de no verle aparecer y se impacientaba por su tardanza. La puerta del templo que había permanecido cerrada, se

abrió por fin y salieron por ella los sacerdotes, brujos y adivinos, los cuales se colocaron en torno del montón del sacrificio; comenzaron entonces las ceremonias y ritos estrambóticos; y el sol, como si tuviera conciencia de la importancia de su papel en aquel instante, resplandecía soberbio y abrasador en medio de un cielo purísimo, haciendo brillar los plumajes y las placas de oro.

De pronto, un hombre jadeante y cubierto de sudor atravesó corriendo la plaza, atropellando á los danzantes, y se lanzó hacia donde estaba el cacique.

—¡Nambi!—gritó el indio,—los guerreros de Chira han desembarcado cerca de aquí, y vienen sobre Nicoya con Tapaligui.

—¡Tapaligui, señor mío!—exclamó Miri sin poderse contener.

El cacique, al oír estas palabras saltó como un león herido, y agarrando á la muchacha por un brazo la sacudió violentamente, preso de una cólera terrible:

—¡Conque Tapaligui es tu señor, miserable esclava! Ahora comprendo por qué me emplazaste hasta la fiesta del sol; tú sabías que él vendría hoy y lo esperabas. ¡Yo te enseñaré á despreciar al gran cacique de Nicoya por un miserable guerrero de Chira!

Y al decir esto levantó en sus nervudos brazos á la pobre Miri que temblaba como

la hoja azotada por el viento y la llevó hasta el montón del sacrificio.

—Aquí tenéis á vuestra primera víctima—dijo Nambi á los sacerdotes.

Entre la multitud reinaba una grande agitación, causada por la noticia traída por el mensajero, y que se había propalado con increíble velocidad; los hombres se impacientaban por correr á las armas, pero al ver que el cacique no se movía permanecían allí perplejos; las mujeres temblaban. Apareció entonces en la cima del montón del sacrificio la primera víctima: era Miri, desfigurada y convulsa. Con un movimiento rápido el sacrificador la echó sobre la piedra fatal; brilló un instante en el aire el cuchillo de negra obsidiana, y cayó desgarrando las carnes de la doncella; el sacrificador arrancó el corazón, y elevándolo sobre su cabeza, ofreciólo al sol; en este momento silbó una flecha y el horrible verdugo cayó al suelo.

Un terror indescriptible sucedió á la muerte del gran sacrificador; nadie se movía. De pronto comenzó á arremolinarse la gente en un extremo de la plaza, y poco á poco fué formando un círculo en cuyo centro se destacaba la figura arrogante de un hombre de elevada estatura, que traía el cuerpo pintado de negro y rojo, colores de la

guerra. En la mano izquierda empuñaba aún el arco de que había salido la certera flecha.

Nambi, recobrado del estupor que le produjo el hecho extraordinario que acababa de presenciar, se lanzó corriendo sobre el montón del sacrificio para ver mejor lo que sucedía. De allí descubrió el claro y al guerrero que se hallaba en el centro.

—¡Tapaligui!—gritó el cacique.

—¡Esta para ti, Nambi, perro cruel y cobarde!—rugió el indio á su vez, al par que otra flecha salía veloz de su vigorosa mano é iba á clavarse en la garganta del cacique.

Al propio tiempo que esto pasaba, acudían á la plaza por distintos puntos y lanzando su feroz grito de combate, varios guerreros nicoyanos, armados á toda prisa. Tapaligui impávido y magnífico no semovía y los esperaba á pie firme; ya iba á trabarse un combate que de fijo sería tremendo, cuando de súbito un trueno espantoso rasgó la atmósfera, llevando el terror á su colmo. Pasado un momento en que nadie osó menearse, salió del pecho de la multitud un grito de indecible espanto. Allá en el mar, balanceándose suavemente sobre las aguas, estaba un barco monstruoso; en su popa flameaba el pendón

soberbio de Castilla, y por una de sus bandadas humeaba aún la boca de un cañón. Espesos nubarrones cubrieron el cielo y apagaron su brillo.

El culto del Sol había muerto. Comenzaba el del Crucificado.

RICARDO FERNANDEZ GUARDIA.

VÉRTIGO

Mi corazón de triste vagabundo
es así como el viejo peregrino
que, su báculo roto,—la esperanza,—
trémulo todo de cansancio y frío,
á morir resignado, se desploma
al borde del abismo
que corta el linde obscuro
del solitario y áspero camino.
Allí está sin aliento,
de la sombra cautivo,
sintiendo vagamente
al través del hastío,
como un helado soplo de las cumbres,
flotar sobre su frente lo infinito.
Allí está de la noche
bajo el manto sombrío,
el salvaje graznar oyendo en torno
con que por negro instinto

la presa aun viva husmean
los buitres implacables del olvido.
Hondo terror de las hambrientas aves
le infunde el ronco grito
y siente el picotazo
en sus carnes hurgando con abinco
y siente que el horror pone en sus venas
mortal escalofrío
Defensa entonces pide
con intenso gemido,
y encuentra arriba el cántico dantesco
de los ávidos picos
y abajo, en el negror de lo insondable,
las fauces atrayentes del abismo.
Entonces desfallece en la impotencia
del esfuerzo inaudito,
como el pobre soldado que se rinde
al faror de los golpes enemigos,
y adueñanse, por obra
del hado compasivo,
el vértigo profundo de su mente
y de su cuerpo el hondo paroxismo!

* * *

El vértigo es cristal y tiene prismas
al través de sus prismas sonrosados
ella se me aparece
como en vaga penumbra bien lejano.
Por fin la encuentro: es ella
la virgen á quien amo
¿Sabéis cómo es? Pues tiene
abrasadora el alma como el rayo,
mirada que en sus ojos,
en la negra pupila, bajo el párpado

que la luz aprisiona, resplandece
como fulgor de llamas en un antro;
aliento estremecido por los besos
que al estallar en los ardientes labios,
como del cáliz del botón que se abre,
exhalan ondas de aromosos vahos;
carne viva que tiembla
del calor de las bocas al contacto;
ternura que derrama
sabor divino en el placer humano;
en las sienas el nimbo,
en la boca el pecado.
Ella es así, como en inciertas horas
al golpe del ángelo la trazaron
mis simples ilusiones
de la pasión en el eterno mármol!
Oh! qué bella! Miradla: de su boca
onda tibia de aromas es el hálito,
pero convida al beso
la morbidez lasciva de sus labios!
Oh! qué bella! Dejadme silencioso
acercarme á su lado,
el aliento de fuego contenido,
cautelosos los pasos.....
Mientras dobla la frente pensativa
y entrecierra los párpados
al peso de los sueños
que embellecen la imagen del pecado,
quiero decirle con ardor que es ella
la virgen á quien amo,
y en mi adorada sorprender entonces
con deleitoso encanto
la emoción desbordante traducida
en el dulce desmayo

ó en el fogoso palpitar del seno,
allí, bajo el tul diáfano
que leve transparenta
el matiz sonrosado,
como sangre de pétalos
bajo nítidos ampos,
sus dos ondas de carne
al compás del aliento dilatando!

* * *

Ah! pobre corazón, nunca despiertes!
Para ti es ángel bienhechor el vértigo!
Llevado por sus alas
recorres los palacios de lo bello,
radiantes, como el día,
sin linde terrenal, como el anhelo.
Nada turba el encanto misterioso
que allí bajo su imperio
en las almas difunde
la suave placidez del embeleso,
y en el noble esplendor de su victoria
es allí el pensamiento
un dios de eternas ansias
que en la copa del cielo
el licor de la tierra
apura sin cesar, siempre sediento!
No es el amor ardiente,
hijo de Pan y de Eros,
que allí bulle en el seno de lo grande,
como animando el inmortal concierto,
el obscuro malvado
que de su propio sér huye con miedo!
Todo allí resplandece

con el sublime aspecto
que en su sagrada desnudez ostenta
natura hermosa al soñador anhelo.
Todo palpita en expansión amante,—
así el alado verbo
que nido busca en melodioso ritmo,
como el astro sereno
que en el gigante abrazo de su curva
quiere estrechar audaz el firmamento!
Ah! corazón, descorre
el fermentado velo
que artera mano tiende
para nublar el campo de lo bello,
y á tu amada contempla con los ojos
de la casta ilusión y del deseo!
Dios mismo puso en ella
á la par del ensueño,
que es la dulce vision de lo celeste,
el imán de la carne, que es el beso.

JUSTO A. FACIO.

SILUETAS PARISIENSES

(De una colección de artículos próxima á publicarse
con este mismo título)

UNA ESTROFA

A LOS BOHEMIOS DE MURGER ⁽¹⁾

¿Os acordáis de Shaunard, del amigo de Rodolfo y de Marcelo; del buen Shaunard de *La Vida de Bohemia*, que pensaba explicar en una sinfonía para piano «la influencia de lo azul en las artes»; del compositor pobrísimmo que tuvo un órgano por lecho y el gallo de la vecindad por despertador; del muchacho enamorado que dormía con Femie en un

(1) A propósito de *Souvenirs*, por Alejandro Schaune—Charpentier. Un volum. á 1 fr. 25. Nueva edición.

sexto piso del *quartier* latino? Pues bien: bohemio siempre, después de haber cambiado la música por la pintura, la pintura por el comercio, y tratando de recoger la pluma que el buen Rodolfo perdió una noche en casa de Karol, su «profesor de Moka», nos ha contado hace algunos años, en los cincuenta capítulos de un libro, sus memorias de juventud, que son al mismo tiempo las de toda aquella banda de artistas pobres «que tienen su alegre iliada en el libro de Murger.»

Ahí aparecen de nuevo, aunque con otros nombres, las figuras de todos ellos. Primero viene Marcelo, el pintor risueño que á fuerza de retocar su *Passage de la Mer rouge* lo fué convirtiendo en el *Passage de la Bérésina*, en el *Passage du Roubicon* y por último en el *Passage des Panoramas*.... La figura de Marcelo es tal vez la más simpática del libro de Murger. Siempre con una frase espiritual para responder á la pobreza; siempre con un beso apasionado para recibir á su querida, aquella Musette encantadora que tenía los ojos como el cielo y que vivía contenta en la bohardilla de su amante. Luego viene Rodolfo, el poeta lírico que quemaba en el invierno las elegías que escribiera en el verano y que se paseaba por las calles del brazo de Mimi, flor delicada de la Bohemia,

que, según Teodoro de Banville, tenía los ojos muy grandes para su rostro pequeñito, y muy tristes para su risa de niño; la tez muy blanca, los labios muy rojos y los cabellos muy dorados. Y en seguida viene Collins, el filósofo que escribía en el *Castor*, «periódico de modas», sus estudios interminables de teología; que llevaba una biblioteca en los bolsillos del sobretodo y que dejaba siempre en casa á su querida ideal para que pusiese los puntos sobre las íes de sus manuscritos.

Pero todas esas figuras pierden lo mejor de su encanto al desceñirse el manto ideal que las cubriera en la novela, al destacarse del marco de poesía que las encuadraba en el romance. Y el libro de Schaune resulta más triste que el libro de Murger, porque alejándose mucho del arte, se acerca por completo á la realidad.

La imaginación no puede acostumbrarse á ver en Marieta—la cortesana vulgar que llegó á reunir cuarenta mil francos en un cofrecillo de marfil,—la figura deliciosa de Musette; ni en el retrato de Tabor, el artista desgraciado de la *Niobe y sus hijos*, la silueta encantadora de Marcelo.

También Rodolfo pierde mucho de su alegría y de su carácter, aunque gana en

majestad, al convertirse en Murger. El autor ilustre de las *Ultimas Citas* fué bohemio hasta el fin de su vida, por necesidad. Cada uno de aquellos almuerzos á las siete de la tarde en casa de *los bebedores de agua*, le costaba una lágrima. Y el día en que durante algún tiempo pudo escaparse del barrio latino, lo hizo con alegría. En la realidad así son todos los bohemios; por eso vale más dejarles siempre su careta de raso ideal. No conozco más que un hombre que pudiendo tener dinero y comer todos los días, haya regalado sus rentas por vivir á la buena de Dios, entre esa banda de literatos y de artistas que no reunía cada noche, para divertirse, sino diez centavos. Me refiero á Privat d'Aglemont, el autor simpático de *Paris Inconnu*, olvidado ya hoy del público, á pesar de su talento raro y de su vida singular.

Privat d'Aglemont era un muchacho alegre cuyo ingenio fué proverbial un día en París y cuya biografía verdadera resulta casi imposible de hacerse. El mismo, á los veinticuatro años, había olvidado ya su vida anterior á fuerza de repetirla de mil maneras diferentes. «Yo nací en Francia», le dijo un día á Teodoro de Banville: y al día siguiente, como le preguntaran por su patria,

«Yo nací en América», respondió. Un paciente rico cuyo nombre fué siempre desconocido, le enviaba, año con año, una suma redonda de cinco mil francos. Entonces eran sus orgías de caridad y de despilfarro. El, que durante once meses no calentaba las faltriqueras de su chaleco con una moneda de á diez céntimos, se encontraba disgustado con aquellos cambios repentinos de fortuna; y trataba—buen burgués de la bohemia—de recobrar en poco tiempo sus hábitos de siempre. Entre el propietario del Hotel Corneille, en donde establecía durante varias noches una mesa redonda á la disposición de todo el mundo, y la *rotiserie* del Buey Rabioso, en donde daba un banquete á todos los muchachos alegres de París, se acababan aquellos luises de oro cuyo reflejo tentador no hizo cambiar nunca el brillo raro de sus ideas. Cuando acabado el dinero comenzaba el hambre, Privat no se afligía. Un buen panadero de la calle Dauphine, que sólo fabricaba panes de á un centavo, le abría su crédito anual; y de centavo en centavo, el autor de *Paris Inconnu* llegó á deberle, una ocasión, hasta seiscientos francos. Una mañana de tantas se encontró materialmente sin chaleco. Uno de sus amigos ricos, le dió una tarjeta para su sastre, en donde decía por

broma: «Dad al portador y cargad á mi cuenta todos los chalecos que deseéis». Al cabo de un mes la cuenta del sastre llegó á más de dos mil francos; pero todos los estudiantes del barrio latino, que generalmente no tenían camisa, adornaban sus pechos con las telas más elegantes. A pesar de las bromas por el estilo en que abunda su biografía, Privat fué bien querido de todo el mundo. Cuando los propietarios de casas, aburridos sin duda de no percibir nunca el valor de los alquileres, le echaban á la calle, bastábale ponerse de pie en una mesa de restaurant y contar alegremente alguna aventura, para que veinte muchachas bonitas se disputasen el honor de acostarlo en su lecho y de cubrirlo con sus cabellos. Un día, por fin, púsose á coleccionar sus notas del natural para adornarlas con las gracias de su estilo, con las flores de su ingenio: de ahí ese libro simpático que se llama *Paris Inconnu*. . . . Y habiéndolo visto todo y no teniendo otra noticia que enviar á sus amigos, hizo que su portera les llevase, una mañana de otoño, la noticia de su último viaje. «Había muerto tísico, como casi todos los criollos trasplantados».

Y así acaba esa historia triste, que el buen Schaunard, convertido ya en escritor,

se ha olvidado de contarnos, á pesar de haber vivido mucho tiempo al lado del protagonista.

Una de las partes más extensas de los *Recuerdos* de Shaune, es la que se refiere á Murger. El capítulo que representa al autor de *Los Bebedores de agua* en las últimas horas de su vida, en un lecho de hospital y enseñando con alegría tres billetes de á cien francos, es imponente en su simplicidad. Murger fué un hombre desgraciado, un poeta delicioso y un *conteur* admirable. Sus *Escenas de la Vida de Bohemia* serán inmortales; y á su sombra vivirá también este libro que podía servirle de *notas*.

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

París, Octubre de 1891.

“LIRA COSTARRICENSE”

A Pedro Ortiz.

I

La *Lira Costarricense*—preciso es confesarlo—ha corrido la suerte de la novela ramplona y desaliñada cuyas páginas no han excitado el interés, ni siquiera el de la candida curiosidad.

América Latina, esta pródiga dispensadora de elogios, las más de las veces hiperbólicos y ridículos; ligera hasta el punto de parangonar con Víctor Hugo al primer escritorzuelo neurótico que ofrece á la contemplación pública períodos brutalmente alambicados; propensa á descubrir entre sus contemporáneos en cada aprendiz un aticista y en cada fraseólogo culterano un Juan Valera; la misma América Latina, decíamos, no ha

tenido para nuestro libro de versos un aplauso tan sólo, pero ni siquiera una crítica.

Y en España... acaso algún bibliómano guarde la *Lira Costarricense* como un bienaventurado numismático tal vez conserve la peseta de Costa Rica.

Investigar las causas que han dado origen á esta pifia abrumadora sufrida por los poetas nacionales, será nuestra primera ocupación. Y para ello creemos indispensable hacer un somero estudio del actual momento literario que es el que corresponde á la fecha de publicación del libro en referencia.

*

Abrumado el mundo culto por la vertiginosa producción literaria que caracteriza estos últimos tiempos, apenas si le es dable detener su atención en la obra maestra, bien encarnada una abstracta concepción del genio, cualquiera sea la lucha de las escuelas, ó bien el documento humano, palpitante de vida, rico de colorido, abundante en oportunos detalles, tal como lo solicita el gusto contemporáneo. Por esto son devorados los libros de Tolstoi, Zola, Daudet y la Pardo Bazán; por aquello viven, aun en medio de la apoteosis del realismo, Víctor Hugo, Sainte-Beuve y Lamartine.

Sin embargo, esa riqueza babilónica acumulada por la literatura moderna no es producto del desarrollo armónico en los diversos géneros. Hay notas disonantes. El teatro, por ejemplo, marca un período de sensible decadencia. Bien poco han producido los dramaturgos españoles digno de pasar á la posteridad; y en cambio, la comedia en un acto, incorrecta, cuajada de *calembours*, desposeída de crítica y enseñanza, escrita á vuelta pluma para complacer al empresario afanoso de un nombre nuevo para su telón de avisos, ha llegado á conquistar una importancia inconcebible.

Por otra parte, la zarzuela, extraña combinación de la ópera, el drama, la comedia y el sainete, cuya aceptación es universal en nuestros tiempos, hace más difícil que el ingenio se resuelva á emprender la obra seria, reflexiva, de largo aliento, si puede recoger más oro y más triunfos, siquiera sean efímeros y transitorios, en las frivolidades que con tanta esplendidez pagan las sociedades del presente.

En cuanto á la poesía subjetiva, la más cultivada por los versificadores nacionales, y acaso el género más socorrido en nuestros días, en el rigor de la palabra, creemos que ve acercarse una peligrosa crisis.

La frase verídica, sencilla, filosófica, que parece brotada de la naturaleza misma, calza mejor con el espíritu del siglo, que la imagen atrevida, la fantasía pasmosa del poeta delirante en sus arrebatos líricos. Aquella cuando menos es saludable ésta por lo común es una inverosimilitud, un sueño de loco.

El subjetivismo propiamente dicho, y sobre todo, puesto al servicio del artista romántico es el enemigo natural de las nuevas tendencias literarias.

Porque la lucha no se concreta á la novela; ésta es su esfera de acción; con sus titanes rusos, franceses, españoles é italianos á la vanguardia, dirige la evolución en el espíritu humano, como á su vez y en su oportunidad lucharon Víctor Hugo, Dumas y Balzac contra la dictadura del clasicismo. Lidian en realidad la poesía y el naturalismo; la imaginación soñadora con su regio séquito de ficciones adorablemente bellas, y las leyes de la Fisiología y las conclusiones de la Lógica, aplicadas á protagonistas y comparas de la obra literaria; el personaje trazado en tela de cebolla y el hombre de carne y hueso con sus imperfecciones y sus impurezas; *La Dama de las Camelias* con *Madame Bovary*; *El Conde de Monte Cristo* con la *Bestia Humana*.

Haremos un importante paréntesis. En todo el esplendor del romanticismo, un miembro de la Academia francesa, M. Duvergier de Hauranne, decía: «El romanticismo no es una ridiculez: es una enfermedad como el sonambulismo ó la epilepsia. Un romántico es un hombre cuyo cerebro empieza á trastornarse. Es necesario compadecerlo, hablarle razonablemente, volverle el juicio poco á poco; pero no se puede convertir en personaje de comedia; es, á lo más, objeto de una tesis de medicina.» Y Gæthe, á su vez, «llama clásico á lo sano y romántico á lo enfermo.»

El naturalismo, pues, tal como lo entienden sus iniciadores y sus propagandistas, es el *desideratum* en el arte. No puede ser enferma la personalidad del que copia casi fotográficamente la vida real; no hay enajenación mental en el artista que recoge los materiales para la creación de su obra en las viviendas de los hombres, su argumento en la familia ó en la sociedad, su inspiración en la verdad de las cosas.

Por eso pensamos que el teatro y la poesía romántica están á la puerta de un cataclismo.

*

En el estado actual de la literatura, según nosotros humildemente lo entendemos,

nos parece que la *Lira Costarricense* ha cumplido su misión. No contienen sus páginas nada que sea hijo legítimo del genio; ninguna frase cincelada primorosamente; ningún cuadro vivo; no ha llevado, en fin, contingente alguno ni á la literatura idealista ni á la realista, y su naufragio no podía menos de ser inevitable.

Al concluir nuestro primer trabajo, no omitiremos hacer una explicación; ella es que entre los escritores del libro de versos hay algunos que á pesar de la catástrofe pueden contar con que el olvido de sus nombres no será el premio de sus esfuerzos. Nos referimos á Justo A. Facio, Luis R. Flores y Aquileo J. Echeverría, en preferente lugar. Esto sin perjuicio de las frases de aliento que en el curso de nuestro estudio tendremos para los demás cultivadores de la poesía en Costa Rica.

A Pío Víquez no lo hemos nombrado: sus producciones no corren en el libro á que nos referimos; pero ya dedicaremos largo rato á su distinguida personalidad.

M. ARGÜELLO DE VARS.

LOS HOGARES FELICES

A Justo A. Facio. (1)

Nada falta: el amor ha triunfado; la digna esposa, radiante en la maternidad, cumple solícita sus plácidos deberes; va y viene, ríe, canta, es como la personificación de la felicidad que llena aquel pequeño mundo del hogar. Una cabecita rubia que se ve por entre las gasas de la cuna la hace saltar de gozo. Cómo se arroba en extática contemplación! Cómo vacila, temerosa de perturbar el sueño del recién nacido con un mimo imprudente, que ya palpita en los labios, ante aquella carita tentadora. ¿Pueden acaso las madres resistir al magnetismo de esas le-

(1)—Este artículo fué escrito con motivo de la muerte de una niñita de cinco años, hija del Director de esta Revista.

ves sonrisas de los niños dormidos? Ella lo acaricia, lo despierta, lo levanta, lo estrecha en el regazo, colma sus mejillas de besos copiosos; le habla, revientan las mil incoherencias de la ternura, por virtud de la cual adquieren las palabras «feo, horroroso, te detesto,» el más inefable y puro encanto. El esposo llega, concluída la faena, y si menos delicado, si menos extremoso en sus halagos, no menos enternecido, se incorpora al delicioso grupo. Vense los padres confundidos en ese tierno brote de su alma y de su vida, en ese ente misterioso que les ha traído el secreto de placeres ignorados, en ese mago seductor que los embriaga con la posesión de la dicha suprema. Lindo cuadro de familia bañado en poética luz, representa la paternidad en delirio, la naturaleza triunfante en cuyas efusiones y transportes se encierra la clave del destino humano.

Ese cuadro es una oración, que se eleva desde un nido de virtudes; un himno paradisiaco, que apaga los clamores desesperantes del mal y las trémulas notas de la pena.

*

Bajo ese techo la vida se ha ensanchado con varios renuevos: diablillos vivarachos y muñecas vivas llenas de dulzura, seres que, al anunciar su aparición en el mundo, para que

sea después más interesante y más querida su existencia, suelen nublar la frente de los desheredados.

Pero todo ahí respira bienestar. Cuerpecitos ágiles, que la salud redondea y colora; alegres chácharas de parlanchines feroces, los cuales desenvuelven su lenguaje en sonidos raros, que no caben en el pentagrama, en vocablos que luchan por juntarse, en palabras atropelladas y deshechas, construcciones audaces y giros caprichosos; ocurrencias felices, agudezas repentinas, monadas y gracias, destellos precoces; la ardua labor de las nociones elementales, los triunfos de la escuela, el regocijo de los estrenos y el efecto de las sorpresas de Navidad; todos estos sucesos que los padres recuerdan, reproducen y cuentan hasta provocar el fastidio; todo esto anima aquel hogar con la magia de las más bellas y variadas escenas infantiles.

¡Qué linda estaba Virginia! la niña angelical de cinco años, cuando se afanaba en resucitar un gorrión, por el cual había llorado toda la mañana, como si fuera una madre! El domingo era de contemplarla cuando se paseaba frente á un espejo, mirándose la falda con la coquetería y el garbo de una señorita. Ayer amonestaba con el aire de una verdadera profesora al picarón de su hermano

que estudiaba sollozando con todo el arte y expresión de un cómico.

Es de observarse con qué delicadeza van despuntando en ellos sus caracteres y sus instintivas inclinaciones. El uno convierte el bastón en brioso corcel, ó hace de cualquier cosa un clarín guerrero, ó remeda el pito de la locomotora, ó se coloca las gafas de la abuela y toma posiciones académicas; la otra se extasía ante las cintas y las flores, se abisma en delectaciones maternas en presencia de su bebé de cera, ó ensaya una canción que parece un arrullo.

El arte los seduce: la mecánica sonata de un organillo ambulante los atrae á la puerta en bullicioso tropel; los prestidigitadores son para ellos semi-dioses, creadores de maravillas; los comediantes son reyes y príncipes verdaderos como los de las viejas historias y los fantásticos cuentos que los ponen pensativos; el dibujo es el más divertido de sus recreos; y es ahí, en esas indecisas insinuaciones del arte infantil, en las cuales empieza á bosquejarse la estética de los niños, quienes ora delinean ginetes sobre monstruosas cabalgaduras, ora esperpentos que semejan ejemplares zoológicos de una edad remota, ora casitas escondidas entre gallardos cocoteros de palmas altivas, ó bien fi-

guran retratos de personas con los toscos perfiles de los ídolos aztecas.

Cuán deleitosas horas las de aquel hogar bendito, que apenas alteran el reposo como suaves ondulaciones!

¡Cuánta felicidad!

*

Pero un día Virginia, tan mimada, tan adorada, aquella misma coquetuela del espejo, aquel capullo gentil, la mamá del picaflor, amanece pálida como una azucena. Ya no quiere referir como antes los cuentos incomparables de la «Cenicientilla» y de la «Capucita roja», con que alelaba á los demás chucuelos. Persiste en ella cierto malestar cada vez más inquietante. Son los largos prodromos de la terrible fiebre tifoidea, que dura veintitú días y mata á los niños ó los deja como costalitos de huesos, casi enmudecidos por la demacración y con la cabeza apenas sostenida sobre el atlas. Pobrecita! se halla encendida en la fiebre, y sufre tanto! Sigue una lucha espantosa. Los padres con su abnegación, los facultativos con su ciencia áeuden y velan, forcejean, resisten, batallan por ahuyentar del lecho al espectro inasible, que ya se acerca entre sombras; al raptor inconsútil, al caballero de la muerte, tan si-

niestramente pintado por Durero, y que está ahí, en el aposento, armado, irresistible, fiero, mirando fijamente á la niña con sus cóncavos ojos y extendiendo su brazo....!

Hay vislumbres de esperanza, y sobresaltos de negras sospechas. Llega la crisis.

Vese con la mente, al vigor de una aérea perspectiva, la frágil barquichuela que abaten las olas. Ya se levanta sobre una montaña de agua, ya se sumerge, ya resbala sobre el arco de una onda, ya no se ve, vuelve á aparecer, zozobra. Todo se oscurece... Los primeros efluvios matutinos alumbran el naufragio.

¿Qué hay?—La niña se queja, se agita; preséntanse las terribles señales de la car-pologia, el tremor de las últimas ansias, la agonía.

Cuidado! No hagan ruido, se ha quedado quieta....¡Ay!

Un grito desgarrado de los padres que caen de rodillas y se llevan las manos á las sienes ardientes, anuncia el fin del drama.

*

¿Dónde está?

Aquel caballero tétrico se la llevó muy lejos, muy lejos, al soñado y hermoso país del Cielo, á donde sólo se llega cuando

se ha pasado bajo el túnel sombrío del sepulcro.

¿Cuándo volverá?

¡Jamás!

¿La veremos algún día?

¿Quién lo sabe? Tal vez no. ¡Oh sí! vosotros amados angelitos, á quienes arrancó las alas el Destino, podéis verla, quizás al tenue resplandor de un ensueño, mezclándose en vuestros juegos, y agregando una melodía á la música de vuestras vocecitas sonoras. O tal vez emprendáis el vuelo en una noche triste y dejéis el hogar vacío y silencioso.... ¿Pero se explica por ventura la vida sin vosotros? ¡Oh! no os iréis de aquí, en donde os tendremos como pajaritos enjaulados, á cuyo pico se lleva pan y miel. Jugad, divertíos, retozad, sed pedigüños, gruñones; exigidlo todo, agotad si es posible nuestra paciencia y cansadnos, si os place, con vuestros caprichos, pero no os separéis nunca de nosotros.

*

Y mientras el dolor estalla en convulsiva locura, ó se hiela en una mirada idiota en el hogar desolado, allá arriba, en las lontananzas del más allá desconocido, la óptica de la fe descubre en el dintel del propileo

sagrado á un querubín que alza la arrebolada cortina de un celaje y da paso al pequeño proscrito que vuelve á la mística patria.

¡Religioso consuelo del corazón!

*

He aquí lo que acontece con harta frecuencia, amigo mío, en el seno de muchos hogares que se llaman felices.

PEDRO ORTIZ.

CRISÁLIDA

(SONETO)

Es el verbo crisálida en capullo,
y fecunda sus celdas luminosas
el alma inexcrutable de las cosas
que desdeña por simples el orgullo.

Yo las sigo en el cósmico barullo,
y advierto en vibraciones misteriosas
como un sordo incubar de mariposas
en el fondo del rayo y del arrullo.

¿Qué aliento vivo las fecunda y crea
y en ellas pone singular decoro?
El alma de las cosas, que es la Idea;

Y si el soplo del Arte las anima
al punto rompen el capullo de oro
y vuelan con las alas de la rima.

JUSTO A. FACIO

CRÓNICA

La crónica de este mes ¡qué fría y qué seca! Los helados vientos del Norte bajan impetuosamente de las cumbres, se arremolinan, mugen, sacuden con violencia las ralas copas de los árboles, y luego se arrastran y se retuercen por el suelo, lanzando á los aires, con su resoplido de bestia rabiosa, bandadas de hojas secas y nubes de polvo. El cielo tiene color azul mate, monótono, terso, sin una arruga gris, sin un leve copo blanco, en tanto que el sol brilla con la claridad amarillenta y deslumbradora del hierro fundido y produce argentadas reverberaciones en el suelo arcilloso de los caminos y en las aguas de los ríos. La naturaleza toda languidece,

y San José, la ciudad alegre, experimenta igual fenómeno. En vano buscaréis en ella la animación de otros días del año, é inútilmente rondaréis por los parques y paseos públicos: San José está desierta. Sólo han quedado en ella, como decía donosamente un revisero del *Diario del Comercio*, «los periodistas, los comerciantes, los *tronados* y la Compañía de Zarzuela.»

La sociedad que veranea en las fincas y en las poblaciones inmediatas permanece aún en actitud de temerosa expectativa ante el sordo enemigo que ha desolado hoy, con fría crueldad, no pocos hogares: la terrible tifoidea. Los acontecimientos de este mes han sido, pues, acontecimientos tristes: muchos botones sin abrir han sido consumidos por la fiebre tenaz y lenta, y muchos ángeles han volado al cielo. . . . Por allí veo marchar, con imponente lentitud, fúnebre cortejo: en medio de él un ataúd blanco, graciosamente cubierto de blancas coronas de flores, es conducido, sin esfuerzo, por cuatro acompañantes que van cabizbajos y taciturnos. Es el cuerpo de un pequeño. La escena no es nueva: ¡la habréis contemplado tantas veces! Pero ¿queréis saber de quién es ese pobre cuerpo de ángel? ¿Queréis que yo mismo os lo diga? Pues, sí, señald: es el cuerpo de Virginia, mi

hija adorada, mi precioso ángel de cinco años! La tifoidea me lo ha arrebatado.....!

J. A. F.

* * *

El eminente orador doctor Zambrana ha establecido una clase gratuita de Historia de la Filosofía en el local de la Escuela de Derecho. Esta clase, de suyo interesante, adquiere la mayor importancia por la versación y elocuencia del ilustre profesor, quien, más que simples lecciones, da verdaderas conferencias, dignas de ser escuchadas por concurso numeroso y selecto y de ser recogidas y publicadas. Con ellas se formaría un volumen que sería de suma utilidad en la enseñanza universitaria. El Doctor Zambrana se ha propuesto dar estas lecciones como introducción al estudio de la Elocuencia Forense, asignatura que él ha sido llamado á desempeñar, como no podía menos de serlo, para bien de la juventud que se dedica á la Jurisprudencia.

P. O.

* * *

Acaba de dejar las playas costarricenses la señora Baronesa de Wilson. Su nombre es simpático para todos los hispano americanos; sus cualidades altas y dama inteligente.

culta le grangean por donde va el aprecio y el cariño. Entre nosotros estuvo poco tiempo. Anda la infatigable viajera en busca de datos para su anunciada y monumental obra de historia de América. Ella ama nuestros países americanos. Es en Europa, indiscutiblemente, la americanófila más generosa y apasionada. Escribe sobre nuestros hombres y sobre nuestras repúblicas, con tinta brillante y siempre color de rosa. En todos sus libros no se hallan sino alabanzas, recuerdos gratos, ditirambos, y cánticos á la «virgen del mundo», que desde hace ya mucho tiempo perdió su virginidad y lleva una vida de todos los diablos. Pero es el caso que debemos agradecer á la señora baronesa su continua lluvia de flores. Lleva ya recorrido el continente de extremo á extremo. Tiene amigos en todas partes. El que estas líneas traza tiene á honra contarse en el número de ellos y desea toda suerte de felicidades en su viaje á la famosa escritora española. Sea bien llegada á los lugares del nuevo mundo á donde se dirija.

R. D.

Entre nosotros, donde los acontecimientos de alguna importancia, como no sean a-

acontecimientos políticos, suelen presentarse con la intermitencia cíclica con que en el firmamento aparecen los cometas, no es cosa para maravillar á nadie que trascurra un mes sin que demos con una noticia para aderezar una crónica de revista. Hay, pues, que disputar de tal á cualquier sucedido de vecindario que en otra parte vendría á parar al montón de los hechos diarios y comunes. Que un librero entusiasta importe, *de golpe*, colecciones enteras de autores selectos es, pues, casi un acontecimiento, y como tal lo consignamos nosotros, porque, si bien en ningún tiempo han dejado de introducirse libros de amena y provechosa lectura, nunca como ahora han venido en tanta y tan escogida copia. Débese esta inusitada introducción de obras excelentes á don J. J. A. Montero, el decano de los libreros costarricenses. Pero el suceso, si así pudiera llamarse, explica un fenómeno de carácter literario cuya observación nos complace por extremo: es ello el despertar del gusto por la castiza lectura española. Andan ahora en manos de todos Valera, doña Emilia Pardo Bazán, Pérez Galdós, Pereda, Campoamor, Leopoldo Alas, Castro y Serrano, Salvador Rueda y la falange toda de ingenios españoles modernos. No es que ellos no hayan tenido antes

lectores entre nosotros, sino que su número aumenta hasta formar ancho y compacto radio. Escriche, Padua, Aiguals de Izco, Ibo Alfaro, todos esos audaces piratas del buen gusto, se van á traficar á las costas de Africa de la literatura. Buen viento les sople!

J. A. F.

NOTAS

—El número 3 de *La Revista de Costa Rica* puede vanagloriarse, sin faltar á la modestia que se cree obligada á guardar, de haber alcanzado un triunfo. El artículo que lleva por mote *Páginas íntimas*.—*Una carta en el destierro*, ha sido tan saboreado de todos y por los entendidos de tal manera encomiado, que el coro de espontáneas alabanzas ha tenido, por caluroso y unánime, la extensión y la resonancia de un triunfo. Ello para nosotros es doble motivo de orgullo, pues si nos complace altamente por el buen nombre que Pedro Ortiz gana en el mundo literario, en donde no era por cierto persona desconocida, nos satisface también por el honor que á la *Revista* le cabe con haber dado publicidad al precioso trabajo de nuestro colaborador y amigo.

—Pedro Nolasco Préndez, el laureado poeta chileno, ha tenido la fineza de enviarnos, precedidas de benévola dedicatoria, un ejemplar de sus obras poéticas. Préndez ha sido el cantor pindárico de las glorias y los triunfos de su país: su inspiración es alta y vigorosa. Fué víctima de Balmaceda, contra el cual tronó desde su banco de Diputado; y después ha sabido fustigar al tirano con un valiente canto, que tiene los chasquidos de un látigo al pícaro.

Damos las gracias al distinguido poeta por el bondadoso obsequio de sus obras.

—El Supremo Gobierno ha dispuesto editar á expensas del Tesoro del Estado la *Historia de Costa Rica*, escrita por el señor don Francisco Montero Barrantes. Además de costear la publicación de la obra, y de adoptarla como texto de enseñanza, el Gobierno, fundado en el favorable juicio de la comisión á cuyo examen fué sometida, acordó premiar al señor Montero Barrantes con una gratificación de \$ 500-00. Hallamos acertada y justa la medida, porque con ella, si por una parte se estimulan los trabajos de este género, por otra se recompensan los esfuerzos del señor Montero Barrantes, en quien hay que reconocer una laboriosidad útilmente empleada, y por lo mismo meritoria.

—La estadística bibliográfica de Costa Rica, tan escasa de suyo, registra, sin embargo, en estos días, la publicación de varias obras, Acabamos de anunciar la del señor Montero Barrantes y hemos de continuar citando los *Apuntes geográficos de Costa Rica*, escritos por el antiguo Director del Instituto provincial de Alajuela, señor don Miguel Obregón L., de los cuales acaba de aparecer la segunda edición, acompañada de un mapa y adornada de doce bonitos grabados que representan los más notables edificios nacionales y algunas vistas pintorescas. El señor Obregón tiene ya ganado nombre de profesor competente, y aunque joven, ha prestado al país buenos servicios en la carrera de la enseñanza, para la cual ha hecho estudios especiales. No menos que por su competencia, se distingue por una modestia rayana en timidez á veces; pero que indudablemente sirve para acentuar su mérito, así como la sombra bien distribuída sirve para hacer resaltar las bellezas de un cuadro.

—Mr. H. Pittier, profesor del Liceo de Costa Rica, ha dado también á la estampa un libro titulado *Viaje de exploración al valle de Río Grande de Térraba*. El señor Pittier, que es persona entendida y de inagotable actividad, emplea buena parte de su tiempo en hacer excursiones por lugares no explorados del territorio de la República. Ya el país le debe interesantes trabajos acerca de sus viajes de exploración, y el de hoy es un estudio lleno de interés que arroja mucha luz sobre puntos oscuros de la geografía de Costa Rica, de los cuales trae un mapa, y que suministra curiosos datos acerca de las costumbres de pueblos indígenas, cuyos nombres nos eran apenas conocidos. El señor Pittier es un trabajador útil. En cuanto á la parte material, la obra, que salió de las prensas nacio-

nales, está nítidamente impresa, y forma un libro de 138 páginas en cuarto menor, á la rústica.

—Imprímese actualmente en la Tipografía Nacional, por cuenta del Estado, un libro que tiene por título *Las lenguas indígenas de Centro América en el siglo XVIII*. Los importantes documentos de que este libro ha de componerse fueron sacados del Archivo General de Indias de Sevilla por el inteligente historiador y diplomático costarricense, señor don León Fernández, y halos facilitado ahora para su publicación nuestro querido deudo y colaborador, don Ricardo Fernández Guardia. El libro será enviado á la Exposición Colombina que va á celebrarse en Madrid, y de seguro que él ha de despertar allá vivo interés entre los americanistas.

—*Costa Rica Ilustrada* ha desaparecido. Esta publicación vivió cosa de seis años: fué fundada en la progresista administración del señor Licenciado don Bernardo Soto, en cuyo tiempo llegó á cobrar auge, merced á la asidua colaboración de jóvenes escritores costarricenses, que en ese entonces parecían vivir en un período de vigorosa fecundidad literaria. Es una época que recordamos con placer los aficionados á los ejercicios literarios, pero en la cual, por virtud de nuestra genial desidia, que es una fuerza de inercia incontrastable, vino por fin á languidecer el movimiento hasta estacionarse de nuevo. Como dos años ha vivido después *Costa Rica Ilustrada* la vida de las naturalezas anémicas y degeneradas: su decadencia se acentuaba á ojos vistas, aun á despecho de los recursos de periodista con que persona tan entendida como su Director, el señor don Carlos Gagini, quería devolverle la animación que en otro tiempo le infundían las inteligencias nacionales. *Costa Rica Ilustrada* muere, pues, sin que su muerte refluya en daño de las letras costarricenses. De este último período de su vida han de recordarse, sin embargo, dos brillantes artículos de Ricardo Jiménez.

J. A. F.

INDICE

	Páginas
TAPALIGUI, por R. Fernández Guardia.....	161
VERTIGO, <i>poesía</i> , por J. A. Facio.....	181
SILUETAS PARISIENSES, por E. Gomez Carrillo.....	187
LIRA COSTARRICENSE, por M. Argüello de Vars.....	195
LOS HOGARES FELICES, por Pedro Ortiz.....	200
CRISALIDA, <i>soneto</i> , por J. A. Facio.....	209
CRONICA.....	211
NOTAS.....	217

REVISTA DE COSTA RICA

— 0 —

SALE UNA VEZ AL MES

CONSTA DE 50 A 64 PAGINAS CADA NUMERO

La suscripción por trimestre vale..... \$ 1-50
Un número suelto vale..... „ 0-60

AGENTES:

En Cartago..... Don Rigoberto Centeno.
> Alajuela..... > Luis Castaing Alfaro.
> Heredia..... > Luis R. Flores.
> San José..... > La Administración.

CALLE 18, N^o 241.—CORREO: APARTADO N^o 403

Advertencia

Tendremos por suscriptas á la *Revista de Costa Rica* á todas aquellas personas que reciban el presente número, primero del segundo trimestre, y no lo devuelvan oportunamente á la Administración,

CALLE 18, Norte, N^o 241